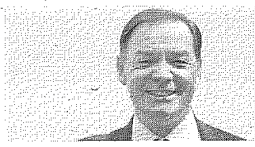


Respeto institucional

Román Felones



NO venían fáciles los sanfermines. La fiesta ha sido a lo largo de la historia espacio propicio para la crítica a la autoridad, sea esta cual fuere, y para la transgresión. Esta crítica, vestida con mil caras, sean carnavales, chirimías, pancartas o paloteados, está presente en buena parte de las manifestaciones festivas. Y San Fermín no podía ser una excepción. Las pancartas de las peñas, los cánticos en el coso taurino, los pitos más o menos atemperados a la autoridad en la vuelta de la corporación al ayuntamiento tras el acompañamiento al cabildo hasta la catedral, forman parte del ritual sanferminero de las últimas décadas. Un ritual que, como la propia fiesta, se renueva con actos que se encumbran -el chupinazo, el apartado, el pobre de mí-, mientras que otros decaen como las dianas o desaparecen, al menos temporalmente, como la marcha a vísperas.

Pero este año, el ambiente proporcionaba nueva munición, susceptible de ser utilizada en

sentido sustancialmente festivo o radicalmente reivindicativo. Ya sé que hay quien piensa que ambas cosas no son incompatibles, e incluso algún joven dirigente abertzale la ha elevado a frase categórica tras el incidente de la ikurrña al que luego me referiré: "ni la fiesta debe impedir la reivindicación, ni la reivindicación ahogar la fiesta". Bonita frase, si fuera verdad, pero los hechos la han desmentido claramente.

La crisis política, económica y social, especialmente virulenta en los últimos doce meses; la imputación judicial de las dos principales autoridades navarras, la presidenta del Gobierno y el alcalde de Pamplona, cuestión trascendente, como se ha visto; y la actitud del mundo nacionalista especialmente crecido, más en expectativas que en realidades, hasta el punto de creer que la calle es suya, eran ingredientes susceptibles de enconar posiciones y abonar actitudes poco propicias a la convivencia.

Y efectivamente aparecieron. Viví con la misma sorpresa e incredulidad de casi todos los presentes, desde el interior de la casa consistorial, el incidente de la ikurrña. No suelo frecuentar este acto multitudinario porque, en contra de lo que mucha gente cree, los invitados presenciamos el disparo del chupinazo a través de las pantallas de televisión. Pero este año acepté la invitación de mis compañeros de partido, dado que Eduardo Vall era el encargado de iniciar las

fiestas. Saludé a representantes de todas las formaciones, desde Bildu al PP, y a todos deseé felices fiestas. Y pude ver la reacción de unos y otros ante un hecho, a mi juicio, intolerable. Impecables Maya y Vall, que supieron estar a la altura que se espera de dos representantes institucionales, por encima de sus diferencias ideológicas. En su sitio, los representantes de Geroa Bai, que reprobaron un acto que no hace ningún favor a su causa. Y fuera de tono, Bildu y su entorno, que daba la sensación de que se caían de un guindio y aquello no iba con ellos. Por cierto, ¿no es Casa Seminario un local municipal? ¿Cómo es posible una operación que exige, además de ingenio, preparación y tiempo?

Lo de la calle Curia, tras la vuelta de la procesión, obliga a la reflexión y al debate. No es imprescindible conservarlo a cualquier precio. La condición debe ser la dignidad y el respeto a los que han sido elegidos por los ciudadanos. Dignidad y respeto a los que están también obligados por los propios electos, que representan a esta misma ciudadanía. Pasar de las barricadas al debate político e institucional requiere

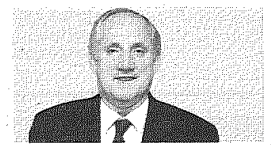
decisión, coraje y tiempo. Requiere también compromiso con las instituciones a las que se pretende representar. Mal está que vociferen e insulten los ciudadanos de a pie. Pero que lo hagan altos representantes institucionales contra sus adversarios políticos los delata doblemente. Como señalaba Iñaki Gabilondo hace escasas fechas al referirse al mundo de Batasuna, es preciso recordarles que no empujen, por favor. Con todos nuestros errores, otros llevamos mucho tiempo aquí comprometidos con la libertad y la democracia. Y ellos, siempre dando lecciones, no acaban de llegar.

La pulsión de cambio en Navarra es evidente. Pero las actitudes mostradas por algunos no ayudan a que este cambio se produzca. Sus empujones a lo único que ayudan es a retrasar un cambio que ellos dan por hecho y que los demás están por ver si damos por inevitable.

Pero sin ánimo ninguno de equidistancia, la reflexión no quedaría completa sin una última pregunta. En el actual contexto político-social, desde el respeto político y el aprecio personal que me merece Enrique Maya, ¿puede un alcalde imputado presidir las fiestas de San Fermín? En mi opinión haberlo hecho ha sido, cuando menos, una osadía y una grave imprudencia.

Román Felones Morrás es parlamentario foral y presidente del PSN-PSOE

Emilio Garrido-Landívar



SANFERMINES Y EL ALCOHOL

A HORA vienen los flecos: "¡Mamá, es que Eneko le dejan hasta las tres, a Miriam hasta las tres y media y eso que coge la Villavesa!". Y ese fleco, a usted madre, le retintinea porque no tiene las ideas claras, no sabe qué hacer y si estará usted metiendo la pata, porque no le deja libertad a su hijo-a. Pero querida madre, padre, que tiene trece años, no veintitrés. Pero qué pasa que hemos perdido el norte... No, no me diga que es Sanfermin, "que todo lo ve". No por favor. Cuide de su hijo, controle a su hijo, de la libertad controlada y sepa más o menos con quién va y qué hace... No le digo que haga un "interrogatorio policial", no; solo queremos que controle, que con quienes van lleven un dinero justo, aproximado y un horario que a esa hora determinada estaremos tu padre y yo, ahí en el sitio y según veamos, decidiremos si hacemos otra excepción excepcional.

No hay más ni menos. Es una pena que nadie se plantee que los sanfermines son para todos, pero con un control educativo-preventivo. Sanfermines son maravillosos, hay horas a punta pala para descubrir situaciones, emociones, olores, risas, grupos, gigantes, mañanas y tardes... ¡Tan llenas de ocio maravilloso y gratis! Que merecen la pena los sanfermines. Este es el mensaje que deberíamos plantearnos transmitir a nuestros hijos.

En sanfermines no está todo permitido, no, es una equivocación que exista esa cultura de base que hace que nuestra fiestas, un porcentaje de "descalabros", vengán a nuestras fiestas porque todo está en la calle y sin ningún control. Flaco favor, hacemos a los sanfermines mundialmente conocidos. Esta cultura la tienen nuestros hijos. ¡Hay que cambiarla!

Se hace duro, unos años después, donde ya la madurez les hace no encubrir nada; que fueron los sanfermines del 90, cuando se cocieron por primera vez, cuando se tomaron el primer porro, cuando el beso a tornillo funcionó con no sé quién, cuando nos faltamos al respeto a nosotros mismos... "Los sanfermines, a pesar de mi tierna edad, descubrí, lo que no me convino". Es una pena que los sanfermines sean el trampolín más completo para las experiencias más traumáticas que se suelen archivar, aunque en algunos necesitan buena dosis de terapia para desensibilizar el proceso traumático.

Pero, adultos y menores, estamos en un saco de fiesta, colorido, alegría y de blanco-rojo, que nos capacita sin darnos cuenta para permitirnos todo, en unas fechas y fiestas "sin igual".

Sin embargo, no se nos escapa a nadie, que no podemos con los hijos menores, perder el control, cierta disciplina más laxa, pero disciplina; para que disfruten sanamente, con sus amigos con grupos de padres, con rancho y chuletada... ¡todo lo que quieran y merezca la pena, pero con un control digno de unos padres que queremos el bien de nuestros hijos.

Una muerte con sabor a miel

QUE una persona muera a los 97 años de edad, y que en el parte de defunción, su médico de cabecera señale como causa de muerte, senectud, viene a significar que esa persona ha vivido todo el tiempo que su organismo humano ha dado de sí. Aún sin ser extraordinaria su longevidad y la causa de defunción, no deja de ser llamativa ésta muerte, en una sociedad en el que mayoritariamente se muere o bien de enfermedades cardiovasculares (32%), de enfermedad oncológica (30%), o de enfermedades del sistema respiratorio (12%), y nos pone de manifiesto nuestra constitutiva mortalidad. Nos morimos porque nos tenemos que morir y la muerte no siempre es el enemigo a batir. Así lo entendieron las profesionales sanitarias que la atendieron hasta el final de sus días, procurándole liberarle de aquellos síntomas más molestos, para que esa persona hiciera, en las mejores condiciones, lo que tenía que hacer, que no era otra cosa que morir.

Si además de lo señalado, añadimos que vivió conscientemente hasta el final de sus días, y que vivió su larga vida conforme y congruente a lo que quiso, entonces diremos que fue una vida realizada. Porque efectivamente la vida nos viene dada, pero no hecha. Con el conocimiento actual que tenemos sobre el vivir y el morir, debemos afirmar que nadie elige nacer, no nacemos por voluntad propia, nos nacemos y se considera al ser humano como "arrojado al mundo". Y así, arrojado al mundo, el ser humano está obligado a hacerse a sí mismo y tendrá que realizar su propia vida; construir su propio mundo, con sus elecciones, sus renunciaciones, sus pasiones.

Esto es lo que hizo mi tía Honorata Cabodevilla, misionera carmelita y lo que destaca-

ron sus hermanas de profesión y mi primo Miguel Ángel, el capuchino, en el semblante que perfilaron en su funeral el pasado 8 de mayo.

Y aunque es común en estos actos religiosos postmortem, enfatizar las cualidades positivas de la persona fallecida, en este caso, la bondad que destacaban, no solamente era cierta, sino que se había convertido en su esencia, en su manera humilde y limpia de estar en el mundo.

Mi tía era básicamente bondadosa, algo que mi primo Miguel Ángel, con sus formas narrativas que aprendió de los indios en las tierras húmedas y templadas de la selva de Ecuador, fue resaltando.

Mi tía Honorata nació como mujer en 1916, en un pueblito del sur de Europa, llamado Zabalceta, donde la tierra adquiere el nombre de Valle de Unciti, muy cerquita de los pirineos, al pie de una montaña piramidal (Izaga, 1361 m.), en el seno de una familia de agricultores (casa Maisterrena). Fue la hermana mayor de una extensa saga de 11 hermanos y cumplió las labores que se esperaban de ella de crianza y cuidado de sus hermanos menores y el apoyo a los varones en las labores agrícolas, como el hecho tan propio de aquella época de llevarles la comida al campo donde estuvieran faenando. Terminada esta época, ya joven, decidió entrar Carmelita Misionera.

Para que mi tía fuera mi tía, para que la existencia de cada uno de nosotros se diera, ha dependido de un momento tan improbable, como que mi abuelo de Zabalceta decidie-

ra casarse con mi abuela de Artaiz. Observa amigo, amiga lectora como la existencia de tus propios padres, o de tus abuelos no fue menos fortuita. Ha hecho falta un viaje larguísimo de encuentros, una serie infinita de improbables coincidencias en el tiempo y en el espacio para que tu hoy estés aquí y en la forma en la que estás. Y aún habría que remontarse mucho más atrás, al origen mismo de la vida, para que las condiciones hicieran posible algo tan inaudito como la formación de una célula y luego una cadena de situaciones cada vez más complejas, cada vez más difíciles, en las que naciera un ser pluricelular.

Mis recuerdos de infancia en relación a mi tía se lubrican en aquel convento en la Avenida de Pio XII, con una huerta enorme con caminitos para corretear y una fuente en su parte central con peces de color naranja.

Mi memoria segrega ahora un chalet grande en San Juan donde se ubicaba la Clínica San Miguel y ella ejercía de enfermera, y donde algunos jovencitos y jovencitas aprendían a cuidar al enfermo.

Mi tía regresó a la tierra el pasado 6 de mayo, ¿es que alguna vez estuvo fuera de la tierra? La estructura de sus átomos provenía del mismo lugar de donde proceden los átomos del suelo que la sustentaba, el mismo origen que las células del gorrioncillo que acaba de posarse en el balcón, o de las petunias a las que les cuesta florecer en esta fresca y húmeda primavera. Todos pertenecemos al mismo esquema universal del carbono. ¿Seremos todos uno? La tierra no es sólo nuestro entorno, es nuestra sustancia. De humus viene homo, de la tierra viene el hombre, para ser lo que siempre hemos sido... tierra para siempre.

Iosu Cabodevilla Eraso es psicólogo clínico y especialista en cuidados paliativos

opinion@diariodenavarra.es